

“DEPOSITO” DE DON JOAN DE CASTELLANOS (II)

Escribe: MARIO GERMAN ROMERO.

— XXIII —

V — EL HAMBRE DEL CONQUISTADOR

Tal podría ser el título de un capítulo apasionante de la conquista. Para saciarla, no se regateaba el dinero; los precios de los alimentos, cuando podían encontrarlos, eran excesivos. Los flacos frutos de la tierra, animales inmundos, carne humana y aun las adargas y zapatos no escaparon al apetito desaforado de los españoles.

*Era la hambre que se padecía
En aquella sazón en sumo grado,
Y de los sacadores tal había,
Que sin regatear en el mercado
Diera cuanto dinero le cabía
Por cuatro puños de maiz tostado:
Tanta necesidad los desbarata,
Que reniegan del oro y de la plata. (III, 73).*

El mismo Castellanos comió tallos de *bihao*, “comida triste, floja, desabrida” y más cuando se los come sin sal. A la mala calidad del alimento se agrega el que produce desmayos en vez de fuerzas. Tallos sancochados de hobos mezclados con bledos que les daban sabor, verdolagas y guazumas,

*Seqüísimo manjar, gusto malino,
Desde el principio de su nacimiento;
Es fruta como mora, pero dura
Y muy más seca cuanto más madura. (III, 81, 66, 80).*

Los animales, aun los más inmundos, no escapaban a la voracidad del conquistador. Comieron murciélagos (I, 422), lagartijas y culebras (II, 466), grillos y otras inmundicias (IV, 391 s.). Los caballos eran codiciados y hubo necesidad de imponer penas severas a los que los mataban para comerlos. (II, 156. El caballo del capitán Martín Roperó

*Hizo solemnes fiestas al gargüero:
Hasta las uñas fueron substanciales
Y no menos las partes genitales. (II, 493).
Y al repartir las partes del caballo
En él no se halla cosa fea,
Sin desecharse pie, tripa, ni callo,
Ni cuero, ni juntura de manea;
Cuecen en ollas el genital tallo
Como regaladisima lamprea,
Y las unas y otras reventando
Siempre remanecía menos blando. (III, 82).*

Bautista Zapatero, de los compañeros de Sedeno, comió la asadura de un compañero muerto de fiebres (I, 551). En el Cabo de la Vela comieron carne humana sin saberlo (II, 83). Para proveerse de comida mataban a los indios que traían “los caribes nuevos” como los llama Castellanos. (II, 101 s. s.). En la conquista del Nuevo Reino, un soldado de apellido Valenzuela intentó matar a una india que les servía de guía para comérsela, por fortuna intervino Iñigo López de Mendoza y con un poco de queso impidió “caso tan feo” (IV, 381).

Castellanos pinta el hambre de los descubridores en la Isabela:

*Traían los cabellos erizados,
Los ojos en las cuencas muy metidos,
Los labios en color amortiguados,
Los dientes descarnados, carcomidos:
Los cueros a los huesos van pegados,
De pálido color como teñidos;
Sin ninguna cubierta las estillas,
Y claras y patentes las costillas.
Otros hubo tan gordos de hipatos...
Como si prometieran nuevos partos,
Comiendo hasta suelas de zapatos
Con el grande hervor de verse hartos;
Y consumiendo ya perros y gatos,
Daban tras las culebras y lagartos;
Sumos regalos eran los cories,
Hutías, mohuiyes y quemies. (I, 156).*

En el descubrimiento del Nuevo Reino no fue menor el hambre,

*Mas el buen general que se desvela
En curar el dolor de penas largas,
El mismo procuró sacar candela,
Preparadas de leña ciertas cargas:
Ponen la paila, ponen la cazuela
Para cocer en ellas las adargas,
Y todo cuanto tiene ser de cuero
Echaron a cocer en el caldero. (IV, 485).*

En el hambre ya reseñada de la Isabela, un indio presentó a Pedro Margarite dos tortolillas. Los compañeros le instaron que se las comiera, pues si era poco alimento para uno, "para tantos menos que ninguno".

*Pues todos padecemos la carcoma,
No es justo proveer un solo seno,
Y que miréis vosotros y yo coma,
Y estéis todos vacíos y yo lleno.
E luego por un término galano
Soltó las tortolillas de la mano. (I, 157).*

Si la falta de alimentos era grande, no lo era menos la de la sal.

*Hallar grano de sal era imposible:
Que de todas las faltas de importancia
La falta de la sal es más terrible,
Pues cuando sal algún soldado tiene
Con solamente yerbas se mantiene. (II, 154).*

Casi locura producía la carencia de este elemento, les salían granos y deviesos que procuraban curar con un parche de daquilón (II, 401, 466; IV, 481). Castellanos recuerda emocionado el bohío

*donde hallaron los descubridores
primeros deste reino muchos panes
de sal que contrataban las comarcas. (IV, 378).*

Nos informa el cronista que en la expedición de Sedeño encontraron unos indios que hacían sal "de ceniza de palma con orines" (I, 538).

Una alusión a las minas de sal de Nemocón y Zipaquirá y a los procedimientos para producirla, que tiene un interés particular por ser el mismo que se usó hasta hace muy poco tiempo:

*Con esto se partieron en demanda
de Nemocón, que goza de las fuentes
saladas, importante grangería . .
para los naturales deste pueblo
y el de Cipaquirá, no lejos deste,
por acudir allí de todas partes
a comprarles la sal que hacen del agua,
en blancura y sabor aventajada
a cuantas en las Indias he yo visto.
La cual cuecen en vasos que de barro
aposta tienen hechos para esto,
que llaman ellos gachas, y no sirven
más de una sola vez, porque se quedan
pegadas a la sal, que (ya formado
el pan que pesa dos o tres arrobas,
o más o menos peso, según suele
ser la capacidad de la vasija),
no puede despegarse sin quebrarla. (IV, 187).*

No parece justo que hablemos únicamente del hambre del conquistador. Castellanos en tantas penalidades no olvidaba los ricos manjares de la cocina española. Veamos el banquete que ofreció Colón a los indios:

*En la nao los huéspedes noveles,
Aderezóse luego la comida,
Ponen la tabla, tienden los manteles,
Según la voluntad del que convida:
La mesa toda fue por sus cuarteles
De náutico bizcocho proveída,
Los vasos proveídos en el banco
De buen vino aloque, tinto y blanco.*

*De cosas a los indios peregrinas
Sirvieron alimentos suficientes,
Muy gentiles capones y gallinas
Guisados con sus ciertos adherentes;
Hubo muchas maneras de cecinas,
Conservas asimismo diferentes,
Pero mucho más gusto les ponía
El sabroso licor que se bebía. (I, 104 s.).*

Hace mención el cronista de los guisados con canela, confites, dulces, canelones (I, 221) de los melcocheros que llegaron a Cartagena (III, 58), de los hojaldres, pasteles, buñuelos y botes de conserva (I, 222).

Se le hace agua la boca cuando describe los banquetes en el Valle de San Juan:

*No la Calabria ni armentaria Tracia
Mejor carnero ni tan buena vaca,
Cabritos muy mejores que en Ambracia;
Y por Atagen y ave fasiaca
Otra de más sabor y mejor gracia
Que por allí se llama guarachaca,
Domésticas y bravas muchas aves,
Ningunas más gustosas y suaves.*

*El índico pavón allí se halla,
Caponos sobre todos escelentes,
Con otra grande copia que se calla
De cazas en sabor no diferentes,
Otro mistillo, y otro taratalla,
Que guisaban con varios adherentes
Con tal primor y tanta pulicía
Cuanto cabal concierto requería. (I, 596).*

Y si a esto se agrega que el suntuoso banquete era servido por mestizas mozas diligentes, "lascivos ojos, levantadas frentes" no podía pedir más el más exquisito gustador.

Cuando Zuazo se vio perdido, una nave amiga vino a socorrerlo. Allí mismo le ofrecieron abundantes cecinas, gustosos gallos de papadas, capones y gallinas, vino añejo, conservas, frutas, bizcocho blanco "con infinitas cosas de sustancia". (I, 326).

La esmeralda “cuyo color imita la garganta de un joven papagayo, la flor de la guinda, el dorso de Khadyota, el césped recién nacido, la espuma del agua, el hierro, el abanico de plumas del pavo real”, según el autor del libro sagrado de los hindúes, el Ratnapariska, era el adorno natural de los Muzos.

Jiménez de Quesada, al ver “tan buenas muestras de oro y esmeraldas” entre los indios Moscas, trató de encontrar sus yacimientos. (IV, 215).

Castellanos afirma que en tiempos de Venero de Leyva se beneficiaron mucho de ellas, aunque el primer descubridor de la preciosa gema fue en tiempos de Lope de Montalvo.

*Y en las provincias destos naturales
se hallaron gallinas de las nuestras,
de los de paz habidas por contrato,
y entonces en los papos se hallaron
algunas esmeraldas pequeñuelas.* (IV, 515).

Vuelve el cronista a decir que las minas fueron descubiertas en tiempos de Venero (1).

VII — EL FAUSTO DE JIMENEZ DE QUESADA

Del viaje de Jiménez de Quesada a España en 1539 dice el historiador Acosta que “desvanecido Quesada con sus riquezas, no hubo linaje de imprudencias que no cometiera: ignorando los usos y etiquetas de la corte, se presentó en Flandes, hallándose esta de luto por la muerte reciente de la Emperatriz, vestido de oro y franjas de oro, por lo cual fue severamente amonestado y aun incurrió en desgracia” (2).

Del regreso nos cuenta el Beneficiado que

*Vino también en esta coyuntura
al reino que él había descubierto
y con sus capitanes conquistado
Don Gonzalo Jiménez de Quesada,
harto más repelado que con pelo,
porque en juegos y damas y combates,
libreas, invenciones, faustos vanos
y prodigalidad desordenada,
dio fin a la grandeza de moneda
en aquestas provincias adquirida,
peregrinando por diversas partes,
por Francia, por Italia y Lusitania,
con mayor fausto de señor de salva.*

(1) *Esmeraldas de Colombia*. Ediciones conmemorativas de la fundación del Banco de la República en su XXV aniversario. Bogotá, 1948.

(2) *Descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*. París, 1848, p. 292.

*Y un día lo prendieron en Lisboa
hallándolo con ropas recamadas
(parece ser que allí no se permiten),
y cuando le sacaron de la cárcel,
pidióle la mujer del carcelero
ciertos maravedís del carcelaje,
y él le mandó dar luego cien ducados,
y la mujer con tan honrosa paga,
juró de no estar más en el oficio,
ni ser de ninguno carcelera.
Otro día, jugando con Pizarro
y Pedro Almirante y otro poderoso,
indianos que en la corte negociaban,
pasó por donde estaban una moza,
criada de la casa do jugaban,
a tiempo que Pizarro ganó un resto,
y dióle una corona de barato,
y de los otros, por no quedar cortos,
acudió cada uno con la suya,
y el Gonzalo Jiménez de Quesada
de muchas que tenía de delante,
tomó con ambas manos cuantas pudo
y dióle una almorzada de ducados
que recogió en la falda de la ropa,
diciéndole:*

—“No he ganado mano
con estos generosos caballeros;
y agora hago cuenta que la gano
en daros también de mis dineros”. (IV, 501).

Advierte Castellanos que con esa manera de gastar dio al traste con sus riquezas al punto que fue necesario que el rey y el Consejo le dieran con qué volverse. En un curioso libro que recopiló un fraile dominico residente en Sevilla a mediados del siglo XVI, *Floreto de anécdotas y noticias diversas*, publicado en 1948 por la Real Academia de la Historia, se lee: “El Licenciado Gonzalo Ximenez, hijo del Licenciado Ximénez, de Granada, pasó a las Indias y fue a descubrir el nuevo Reino de Granada; puso por nombre a la primera ciudad que se pobló Santa Fe. Uvo de aquel descubrimiento trezientos mil ducados, según escribe Francisco López de Gómara en la primera parte de la *Historia de las Indias*, fº 41; puesto que él mismo me dixo a mí en la ciudad de Sevilla aber traydo mucho menos, y que lo más que truxo fueron esmeraldas, muchas dellas muy finas, y entre ellas uvo esmeraldas que vendió en Francia en veinte y seis mil ducados. Estuvo en Madrid, en corte de Su Magestad, año de 39, pretendiendo un gobierno, donde gastó tanto, que por relación de Hernando de Avila, su mayordomo, se habla que en cinco meses que allí estuvo gastó cinco mil y dozientos y veinte y cuatro ducados. Dizen que truxo de encomiendas cierta cantidad de pesos de oro, y no cumpliendo con sus dueños se retraxo a Portugal, donde fueron contra él cartas requisitorias de Cas-

tilla; concertóse con las partes y bolvió a las Indias año de 52 con el título de Mariscal de Sancta Marta, dexando a su padre empeñado por él en Granada" (pág. 159 s.).

VIII — UN INFAME ANONIMO

Andrés de Valdivia acababa de fundar la ciudad de Ubeda. Pacificados los naturales, los nuevos moradores alegres y contentos con la prosperidad que les esperaba, repartidas las encomiendas no todos quedaron satisfechos, "ministros del demonio que no faltan" resolvieron turbar la paz de Valdivia con un ardid abominable. Le hicieron llegar un escrito anónimo en el cual se le decía de Santafé:

*"Volved, gobernador, por vuestra honra,
Porque la lealtad que prometida
Fué con vínculo santo, no se guarda,
Y el sacro genio de la casta cama
Anda menospreciado y abatido,
Y aquella compañía de parientas
Que con ella quedaron en Victoria,
Adonde las dejastes, ansimismo
No viven con aquel recogimiento
Que deben a su noble parentela". (III, 642).*

Leer el anónimo y perder el juicio todo fue uno. Hizo lo posible para que sus soldados lo mataran, mandó despoblar la ciudad, poner presos a unos pobres caciques que le pedían mudar de parecer, cortó las piernas a los caballos. Con tales medidas fue creciendo la mala voluntad contra Valdivia, unos fueron a quejarse a la Audiencia, entonces resolvió el gobernador repartir sus soldados, seis se quedaron con él. Herido en la boca por un flechazo de los indios, Quimé el cacique le rompió la cabeza con el golpe de una dura macana.

IX — LEBRON SABIA VENDER CABALLOS

Jerónimo Lebrón de Quiñones, hijo del licenciado Cristóbal Lebrón, oider que fue de Santo Domingo, fue nombrado por esa Audiencia para reemplazar en la gobernación de Santa Marta a Fernández de Lugo, mientras Su Majestad otra cosa proveía.

Alucinado con los fantásticos relatos de las riquezas del Nuevo Reino, resolvió emprender una expedición a la altiplanicie chibcha. Son conocidos los incidentes de aquel viaje en que las penalidades no faltaron. Para colmo de males Hernán Pérez no lo aceptó como gobernador en Tunja, y otro tanto le pasó en Santafé. Castellanos cuenta el mal trato que dio a los primitivos conquistadores y para pintar la codicia de Lebrón, trae un cuento que no puede perderse.

*Pero por otros modos más cubiertos
chupaba la virtud y la substancia
de quien se publicaba que tenía
buenas enjundias y el riñón cubierto.*

*Y algunos por tenello favorable,
acudían con oro y esmeraldas,
que no hicieron poco henchimiento
en las anchuras del hambriento seno,
y no menos las ventas de caballos,
porque los que sacó de la montaña,
estando ya lozanos y briosos,
como tenían curioso pienso,
hacía que pasasen la carrera
donde se congregaban para vella,
y después de pasada, preguntaba
a quien él sospechaba tener pluma
para se lo pagar a su contento:
"Dezi, señor Fulano, qué os parece
Con cuánta ligereza se desliza!
Tan gallardo caballo bien merece
estar en la real caballeriza".
El otro por henchille la cabeza
y de su gusto no quedar ayuno,
respondía:*

*"Señor, tan rica pieza,
bien vale mil ducados como uno".
Y aunque ninguna cosa más remota
era de su deseo que comprallo,
a la noche, sin que él imaginase
el fin de la pregunta cautelosa,
el rocín le llevaban a su casa,
con largo cumplimiento de palabras
que sonaban pedir el de la suya.
Qué había de hacer? No convenía
volvérselo, ni dalle menor precio
del que le puso por su propia boca,
y así daba contento con la paga
sin el lo recibir con la presea". (IV, 476 s.).*